

Prólogo

Javier Jiménez-Echevarría

Cronos SC Arqueología y Patrimonio

La construcción de la sociedad europea del futuro pasa, sin duda alguna, por reconstruir lo más fidedignamente las sociedades pasadas, y es el Neolítico un episodio trascendental en la comprensión de nuestra sociedad moderna desde el punto de vista antropológico, socioeconómico y medioambiental. Somos herederos de una variedad cultural que se escudriña cada vez más amplia, y al mismo tiempo los encargados de avivar de forma fiel su recuerdo, en una Europa cuyos valores hoy se resquebrajan posiblemente hacia un nuevo ciclo de fractura social en un mundo globalizado que interesadamente olvida este mestizaje.

La investigación arqueológica en la Península Ibérica sobre los primeros estadios del Neolítico está evolucionando rápidamente en las últimas décadas, aunque de forma arrítmica considerando el desigual universo de yacimientos conocidos y estudiados entre el interior y la franja circunmediterránea. En esta evolución se van incorporando nuevas disciplinas, técnicas y enfoques bioarqueológicos y ambientales que dan coherencia a la fracción cultural que se rescata en la investigación arqueológica y permiten asomarnos a una realidad todavía compleja.

Carmen Alonso, incansable investigadora y compañera de fatigas, coordina esta obra multidisciplinar que se presenta bajo distintas perspectivas de la investigación, profundizando en la información que ha proporcionado la intervención arqueológica en el yacimiento ‘El Prado’ de Pancorbo (Burgos, España), un lugar de habitación al aire libre encuadrado cronológicamente entre el finales del VI milenio e inicios del V milenio cal BC, dentro del denominado Neolítico Antiguo. Por si alguien se sorprende, se trata de una intervención de urgencia derivada de una necesidad en la construcción de la nueva Europa que se aludía al principio, pero lo decimos con orgullo ya que en nuestra particular concepción profesional no existe esa línea que se viene dibujando entre la investigación arqueológica venida de la faceta empresarial y la procedente del mundo académico. De hecho, este yacimiento se suma a la docena que hoy sostienen la discusión sobre los inicios del Neolítico en el interior peninsular ibérico, por cierto, en gran medida descubiertos y documentados desde la Arqueología profesional, pero fagocitados de alguna manera por *lobbys* que hoy moderan la gestión de su investigación.

Este caso quizás sea un *rara avis* en el estado actual de la investigación del Neolítico Antiguo peninsular, ya que el

excelente equipo de trabajo conformado en torno a la publicación que ahora se presenta procede del interés personal y acercamiento de los distintos investigadores por profundizar, cada uno en su respectiva parcela, en la reconstrucción de la entidad de los viejos nuevos europeos y realizar una puesta en común. Y sí, coordinados por una arqueóloga doctora de libre ejercicio profesional, que firma desde la empresa y no desde la universidad, presentando un trabajo que no desdice en absoluto en calidad científica y contenido de otros acuñados desde el otro lado de esa línea invisible y segregadora que, a beneficio propio, reclama separar ambos mundos.

Como copartícipe de los trabajos de campo y de investigación apelo a una necesaria conciliación entre la realidad académica y la profesional, y son los resultados de la investigación y no las causas que la propiciaron quienes deben marcar, si acaso, cualquier frontera; algo que parece superado en otros segmentos de la Arqueología europea, especialmente la histórica.

Nuestro mayor agradecimiento a la Autoridad Portuaria de Bilbao, promotora de las obras que han financiado las partes esenciales de la investigación y que entendió su alcance con un compromiso más allá de lo exigible; al Servicio Territorial de Cultura de Burgos y a la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León por su aportación económica en la realización de determinadas pruebas diagnósticas; a los traductores Andrea Mosquera y Peter Smith y, por supuesto, a los investigadores que participan en la obra, por su impagable contribución a dar visibilidad a aspectos esenciales como la genética, el paleoambiente, las huellas de uso del utillaje lítico, las paleodietas y la procedencia geográfica de aquellos que habitaron en ‘El Prado’ de Pancorbo, un lugar donde hoy existe una terminal logística que se abre a Europa.

Esta obra monográfica sobre el yacimiento no pretende resolver las grandes cuestiones del Neolítico Antiguo del interior peninsular, que aún tardará por falta de universo de yacimientos con estudios sistemáticos, pero sí contribuir a apuntalar las bases de su conocimiento formulando más preguntas que respuestas a partir de resultados objetivos obtenidos desde distintas disciplinas. Se trata, quizás, de una bocanada de aire renovado dentro de lo poco que aún sabemos de una amplia región y un tiempo concreto en la Prehistoria Reciente, trascendental para aquellos que habitamos en el occidente europeo.

Presentación

Alfonso Alday

Universidad del País Vasco-UPV/EHU

Cualquier curioso o investigador interesado en el intrigante, y decisivo, proceso de neolitización abrirá la presente monografía con la esperanza de encontrar nuevos datos y sugerencias, a partir de las cuales ir despejando las incógnitas sobre el cómo, el por qué o el cuándo nos convertimos en sociedades agropastoriles: es decir, cómo fueron los primeros pasos que dimos para construir nuestra identidad actual, aquella con la que nos posicionamos y entendemos el mundo. Porque, a pesar del fuerte impulso que los últimos años está recibiendo el análisis de este periodo (en el conjunto de Europa y muy particularmente en la Península Ibérica), los vacíos geográficos son aún muy serios, y en algunos casos realmente empecinados.

Y tras la lectura fina de los dieciséis capítulos de este texto, las expectativas iniciales se habrán cumplido satisfactoriamente: el lector no sólo encontrará los esperados datos sino bastantes más cosas provechosas, dado que en el trabajo también se van deslizando (con más o menos énfasis o sutileza) no pocas sugerencias a tener en cuenta, desde ya, en las reconstrucciones de la llamada transición a la economía productora. Reflexiones nuevas en unos casos, ya conocidas en otros, pero ahora mejor ajustadas: lo presuntamente ya sabido (en ocasiones por la reiteración con la que se exponen los argumentos) se contrapone aquí con nuevas hipótesis o ideas que reconozco que me han interesado. Y El Prado, y sus circunstancias activa la investigación sobre el Neolítico en una de esas regiones que, más a falta de trabajo profundo que a otras cosas, mantenía un incómodo silencio arqueológico.

El ejemplar que vamos a empezar a leer es una obra inteligente, bien estructurada, clara, sin concesiones (es decir, con el lenguaje propio de las obras científicas) pero ágil. Hay que felicitar a los directores del equipo de los trabajos de campo, de los de laboratorio y a quien se ha encargado de la coordinación de la obra por su labor: Carmen Alonso, como editora, y Javier Jiménez, quien junto con Carmen ha ideado y llevado adelante el ejercicio arqueológico, han realizado, en cada fase del proceso de investigación, un ejercicio brillante, a imitar.

Hay, creo, un hecho que no puede pasarse por alto dado el estado actual de la investigación sobre la Prehistoria, y más en concreto en cómo difundimos nuestros trabajos. Esta obra ofrece una visión de conjunto del yacimiento de El Prado: en otro tiempo diríamos que estamos ante una verdadera memoria de excavación, y como tal, quizá, debería haberse publicado en la serie bibliográfica que

para tal fin dispone la Junta de Castilla y León, pues conviene, a mi parecer, no dispersar mucho las fuentes de consulta primarias. Tal vez, para redondear definitivamente este tratado, debería haberse reservado un apartado referido a las prácticas seguidas en el proceso de excavación (cómo se retiraron las tierras, con qué tipo de malla se cernió, cuáles fueron las estrategias generales...). Poca cosa, en verdad, porque es fácil reconocer la pulcritud de los trabajos de campo, el detalle a la hora de hacer los inventarios o la exquisitez de los aparatos gráficos. Y debe destacarse, además, la capacidad de los autores para, en capítulos finales, integrar lo descrito por cada especialista, dotando al libro de una verdadera visión multidisciplinar.

Reconozco mi *debilidad* respecto a este tipo de trabajos frente a muchas de las recurrentes publicaciones en revistas de alto impacto, en ocasiones de prestigio sobrevalorado, donde las novedades y los discursos sesgados carecen de las reflexiones, aparentemente básicas pero sin duda muy necesarias, sobre la validez real y la potencialidad del yacimiento en cuestión. En esos textos tan *internacionales* (mea culpa, yo también los entrego) hay una tendencia al mecanicismo, mientras que en ejemplares como el presente, de carácter y estructura más libre, los datos (no necesariamente *espectaculares*, pero siempre inexcusables) se alían con el debate, las sugerencias y la reflexión. Me consta, además, que este trabajo se ha sometido al embate de revisores externos, como si la lectura de un trabajo anterior sobre el yacimiento (publicado en *Zephyrus*) que avanzaba lo que se iba conociendo desde las primeras campañas de excavación en este enclave burgalés, no fuera por sí mismo un aval de calidad de los autores y de su buen hacer.

Sorprende, por inusual, que este manuscrito sea la culminación de todo un proceso de la llamada *arqueología de gestión*. En este caso la gestión no ha quedado en un mero 'control de obra', al que después se añade un informe escrito que, finalmente, descansa, sin demasiado provecho *científico*, en algún fondo administrativo (cayendo así al olvido o siendo sucintamente repasado con ocasión de algún compilatorio sobre: 'la gestión del patrimonio arqueológico en los últimos años en...'). Aquellas labores preventivas han generado un verdadero proyecto de investigación arqueológico, con resultados visibles y aprovechables, desde luego de referencia obligada. No hay en este caso línea alguna que separe dos maneras de abordar el patrimonio arqueológico, como a menudo se ha tratado de

dibujar: simplemente estamos ante un buen trabajo. Decir esto es tanto como admitir la generosidad de los responsables, que no han dudado en dar más pasos de los que administrativamente estaban pactados con el fin de *generar conocimiento*. El beneficio es para todos.

El Prado de Pancorbo es un buen ejemplo de poblamiento al aire libre en el Neolítico antiguo. Caracterizado, como muchos otros (La Lámpara, La Revilla, los Cascajos, citando casos más o menos próximos y emblemáticos) por la presencia de decenas de estructuras negativas no siempre fáciles de adjetivar. El paisaje que queda tras su excavación es un verdadero *campo de hoyos*, y como tal se definen ilustrativamente muchos de los poblados de la Prehistoria reciente. Surgen desde el mismo inicio del Neolítico, y son compatibles, más bien forman un todo, con otras expresiones contemporáneas de hábitat: las cuevas rediles (La Vaquera o Los Husos); las ocupaciones en abrigo, (Atxoste, por cercanía, o Chaves por su dimensiones y dinamismo), amén de otros tipos de yacimientos para captar materias primas o de funcionalidades muy específicas (así los concheros). De manera directa en unos casos, o más indirecta en ciertos capítulos, el texto no oculta ni se zafa de las problemáticas propias de este modelo habitacional. Quizá la mayor de las dificultades (de los quebraderos de cabeza para los responsables de la intervención) deriva de que el material arqueológico es, en general, parcial y está mal conservado, al recuperarse en unas estructuras que fueron excavadas con fines variados que parecen exigían reacondicionamientos y mejoras (a ello bien pueden responder los mateados y los entalles de los fosos de El Prado). Estructuras que se usaron y abandonaron para, en muchos casos, ser reutilizadas (se nos informa que en las unidades funerarias las reaperturas debieron ocurrir en más de una ocasión) y finalmente rellenarse sea por efecto de acciones naturales (erosión y arrastres) o sea por inducción humana (o por la combinación de ambos factores), sufriendo con el paso del tiempo desarreglos postdeposicionales (el arado ha debido menoscabar en El Prado su potencialidad inicial). No hay estratigrafía, y se ha de fiar todo a las capacidades de diagnosis del material recuperado en cada estructura (y en el conjunto), ignorando si esos inventarios son un recuerdo de un único pasado cultural o resultado de una mixtura de elementos no estrictamente simultáneos. El recurso a dataciones absolutas busca afinar las sincronías y diacronías. Darse cuenta de esta realidad, y con la lectura de El Prado es fácil advertirla, se desmitifica o se ponen límites a las posibilidades que ofrece este tipo de asentamientos, tomados a menudo como panaceas en el desciframiento cultural del Neolítico.

Por tanto, un ejercicio complejo y limitante han debido encarar los investigadores implicados en la reconstrucción del sitio. Aquí, los autores, en su honestidad, reconocen las problemáticas: se preguntan, por ejemplo en el capítulo dedicado a la palinología, en qué medida el reconocido espectro de taxones vegetales

refleja la realidad medioambiental de los varios siglos de vigencia de poblado, o, si contrariamente, los resultados están mediatizados por la procedencia de las muestras y la presumible original función de las estructuras, su reaperturas y cambios de uso. En este sentido es sorprendente que tanto la muestra polínica del dispositivo funerario como las provenientes de fosas de almacenamiento ofrezcan valores prácticamente idénticos, teniendo en cuenta, además, que las analíticas afectan a dos momentos temporales. Hay que recordar que al menos una de esas estructuras se reabrió en varias ocasiones, y que en el sellado de todas las analizadas intervinieron el hombre y la naturaleza. Reconozco que, en detalle, no sabría cómo gestionar bien la información recabada: son más que aceptables los resultados obtenidos, es muy coherente el escenario paisajístico que se dibuja, y por supuesto hay que aceptar la fuerte antropización del entorno, donde las prácticas agrícolas y ganaderas están, desde el punto de vista de pólenes, esporas y microfósiles no polínicos, garantizadas, aunque el equilibrio entre paisajes abiertos y forestales, o la contribución de los campos de cereal puede ser objeto de cierto y sano debate. Lo que me interesa aquí es señalar esa capacidad autocrítica de los investigadores, que saben poner límites a lo que encuentran y/o deducen: dicha actitud no es, en estos tiempos, habitual prevaleciendo los textos que idealizan (o subliman en exceso) lo propio.

He traído en el párrafo anterior el ejemplo de la palinología porque releva, además, lo invisible que pueden resultar varias de las actividades llevadas a cabo, de manera habitual, en El Prado: por ejemplo la de la ganadería, que un análisis paleontológico no puede detectar en la fauna recuperada, pero que la buena combinación de disciplinas (la palinología y por ejemplo la traceología que demuestra la importancia de los trabajos carniceros) ponen adecuadamente en valor. Probablemente para llevar adelante las labores pecuarias, de manera estacional las familias que ocuparon El Prado necesitarían recurrir a pastos de altura para superar las épocas de estrés hídrico. Lo lógico sería el desplazamiento de los ganaderos con sus recuas a las cercanas serranías: tal vez allí, por ejemplo en los Obarenes, aprovecharan las oquedades para una gestión más especializada, como bien se han descrito en las cercanas Sierra de Atapuerca y de Cantabria. Hay, pues, dos nuevas lecciones que nos muestra el asentamiento de El Prado: a) los poblados de este tipo no son sedes autónomas y necesitan dotarse de bienes y ejercicios tomados o desarrollados fuera de ellos; b) la invisibilidad es una norma habitual del registro arqueológico, y es un ejercicio sano sugerir, con cautela, más allá de lo que los inventarios ofrecen. De hecho, en este trabajo el tema de la invisibilidad se aborda, aparentemente *de pasada* y desde otro punto de vista, en los capítulos finales, al contextualizar regionalmente el yacimiento: hay que reconocer, como se subraya, que en muchos casos de no existir *campos de hoyos*, con sus inherentes problemáticas, la información sobre el Neolítico antiguo

y momentos posteriores pasaría inadvertida. Bienvenidos sean entonces más lugares como el presente.

El registro material rescatado en las estructuras negativas es parco, y apenas se comenta la presencia de objetos fuera de ellas. Sea por problemas de conservación (que de seguro ha debido afectar muy negativamente al inventario óseo), sea por la ausencia de verdaderos elementos de hábitat (viviendas y construcciones auxiliares), sea por el desmantelamiento y traslado de la mayor parte de los bienes tras el abandono del poblado, no se han rescatado en los supuestos silos de El Prado rastros de los productos almacenados, y las evidencias de consumo animal son muy pobres. Aparentemente son datos contradictorios respecto al régimen económico esperado y a las dietas reveladas en los estudios de las dos mujeres inhumadas: pero propios de la lógica de perduración y conservación de sitios tan expuestos y antiguos. Así las cosas, la gran estructura de combustión -de tipo polinesio como se adjetiva- acumula buena parte del inventario material: son restos de actividades que, terminado su ciclo de consumo, se abandonan ahí mismo. Como decimos, sigue el yacimiento de El Prado las tendencias habituales de muchos otros poblados del inicial Neolítico, lo que, derivadamente, obliga a reflexionar sobre las posibilidades que ofrecen este tipo de registros. He aludido antes a la autocritica que al respecto se transcriben en el capítulo de Pérez Díaz y López Sáez sobre palinología, que también se recaba en el de Lazúen y González dedicado a la traceología.

En estas circunstancias de uso y conservación de las estructuras, es normal la alta fragmentación de la producción cerámica, así como lo parco de la industria lítica. Ambas colecciones no se separan de lo más habitual de los conjuntos del primer neolítico. Los restos alfareros parecen corresponder a unos 70 recipientes, que en lo reconstruido aluden a formas sencillas donde las decoraciones se ajustan bien a los modelos conocidos en el entorno geográfico. La cerámica boquique tiene, ciertamente en cómputos bajos por sitio, cada vez mayor presencia en La Bureba, enlazando las producciones de la Sierra de Atapuerca (en algunos casos los parentescos decorativos y técnicos son innegables) con las del Alto Ebro. En este último foco son habituales los apliques no decorados, tan frecuentes también en el poblado burgalés. Por su parte, las acanaladuras tienen un aire más meseteño, indicando que el poblado reúne proyecciones varias. Salvo que, más por necesidades pedagógicas y de expresión que por dinámicas culturales, necesitemos encerrar en marcos espaciales cerrados listas de yacimientos, El Prado vuelve a confirmar que las puertas entre las distintas *áreas* o *provincias* estaban abiertas, y que, aunque los conjuntos tiendan a afiliarse a unas tradiciones geográficas más o menos marcadas, el dinamismo y la capacidad de absorción de influencias (cada lugar es influido y a su vez es influyente) son señas de identidad del proceso de neolitización.

El comportamiento respecto a la producción lítica es el usualmente comprobado en la mayor parte de los yacimientos contemporáneos, sean al aire libre o en cuevas-abrigos. En las áreas de captación de materias primas, o en sus cercanías, se ejecutaban las tareas preliminares de talla, mientras que en los lugares de residencia, desde unas matrices preconfiguradas, se da la forma final a los utensilios. Esto ocurre también en El Prado, donde debería comprobarse a partir de analíticas geoquímicas específicas, la procedencia de las variedades silíceas: más allá que *de visu* es necesario establecer con seguridad la vinculación entre los soportes y las fuentes de aprovisionamiento del Alto Ebro, región con la que comparte muchos rasgos durante neolíticos.

Sospecho que la editora de esta monografía, Carmen, no me perdonaría que, respecto a la producción lítica, omitiera algunas pequeñas dudas que me ofrecen ciertas adscripciones tipológicas, o que no discutiera algunos matices terminológicos que, creo, deberían ajustarse: en especial la referencia a un par de microlitos segmentiformes (de confirmarse su presencia ya tendríamos las armaduras o proyectiles con los que los pobladores afrontarían la caza) o de algún taladro de estilo neolítico. Fuera de estas consideraciones (que no dejan de ser simples cambios de pareceres) en el inventario lítico destaca el abultado número de soportes laminares, relativamente estandarizados y a menudo voluntariamente troceados, que, cuando no están retocados o usados, bien pudieron constituir un stock de reserva. Aunque el catálogo lítico de El Prado es menguado, no se aparta de las líneas que marcan los yacimientos del Neolítico antiguo regional. Y sirve para garantizar que también el repertorio lítico se renueva, y tiene caracteres propios, durante el proceso de neolitización: de hecho no debería excluirse del *paquete neolítico* pues su ideario y estructura es diferente al de los antepasados cazadores-recolectores, marcando, desde la experiencia anterior, unos remozados intereses productivos y de uso.

La traceología, aunque solo ha detectado huellas de trabajo en un limitado número de casos, señala el desarrollo de un buen número de actividades: seguramente menos de las que, efectivamente, se llevaron a cabo en el poblado. Llama la atención que los objetos no tuvieron usos muy intensos (lo que cuadra bien con la aparente falta de objetos líticos reavivados y/o reciclados). Las operaciones de carnicería están bien identificadas, y son un adecuado contrapunto a la falta de evidencias óseas. Y las labores de siega son incontestables. Es muy interesante la identificación de hoces tipo *Karanovo*, porque salvo por su presencia en el relativamente cercano poblado de Los Cascajos no son habituales en el entorno (donde se conocen otros modelos de hoces, por ejemplo en Mendandía, Atxoste, valle de Ambrona, La Vaquera o, de nuevo, Los Cascajos). Estas observaciones *arrastran* cuando menos dos consideraciones: una, como bien señalan los autores del

estudio, la necesidad de revisar la cartografía de distribución de estos utensilios, que con el tiempo, seguramente, presentará un escenario más complejo; otra, ya abordada en el inicio de este prólogo, sobre el haz de influencias que tienden a confluír en un mismo contexto arqueológico del Neolítico antiguo. Ambos inciden en la dinamización y complejidad de la neolitización Ibérica.

Que un *informe* de la *Arqueología de gestión* incorpore capítulos muy específicos sobre genética y análisis de isótopos (aquí para reconstruir patrones dietéticos y de movilidad de los individuos) confirma que se ha superado, con creces, las barreras y prejuicios en el interés común de hacer una buena Arqueología. La dieta la componía una adecuada combinación de productos vegetales y de animales terrestres, aunque es difícil evaluar el equilibrio entre los aportes de todos los elementos. Las autocríticas sobre las posibilidades y límites de este tipo de estudios realizadas por Fernández y por Schulting son muy saludables, ante la falta de una cartografía regional-local sobre la distribución y cuantificación de los isótopos. El consumo de cereales domésticos está más que razonablemente documentado, y las prácticas carniceras detectadas en los análisis traceológicos sugieren que este es el sentido que se daba a la fauna (doméstica y salvaje): es de discusión, como se sugiere repetidamente en el texto, el aprovechamiento de la fuerza de los animales o el consumo de productos lácteos (este caso, además de por la falta de constancia de una cabaña ovicáprida en El Prado, ante la evidencia de la intolerancia a la lactosa que presenta una de las dos mujeres enterradas).

Permítaseme como licencia una intuición: quizás busquemos en las analíticas de ADN mitocondrial (y en el cromosoma Y) más respuestas de lo que son exigibles a sus posibilidades: creo que los avances respecto a la secuenciación del ADN nuclear nos propondrán panoramas más definidos. Seguramente, tal y como avanzan los métodos y cómo se acumulan los resultados, a menudo contradictorios, no tardarán mucho los genetistas en ofrecernos escenarios alternativos a los actuales. En el caso de El Prado se han determinado dos haplotipos de ascendencia femenina: K1 y H1. El primero se supone vinculado a poblaciones agropastoriles; el segundo cuenta con antecedentes regionales -por ejemplo en la Cornisa Cantábrica- desde el final del Paleolítico. Es este un haplotipo recurrente que, hoy día, alcanza en Iberia mayor porcentaje que en el resto de Europa. No parece estar clara su relación unívoca con poblaciones neolíticas.

Los dispositivos funerarios de El Prado contribuyen a aumentar la nómina, no muy larga, de casos peninsulares. Siguen el habitual protocolo de fosas reutilizadas, donde los cuerpos se acomodan pero también se reordenan en sucesivas aberturas. Sin duda, algún significado tiene que esconderse ante la reiterada (aunque no única) inhumación en estas épocas de mujeres de cierta edad: se

ha reconocido en el poblado de La Lámpara y cuenta con el antecedente de Aizpea. El papel social con el que los autores revisten a estas mujeres permite sugerir que estamos ante sociedades matrilineales. Es una hipótesis a la que debe de seguirse la pista, más una semana como la presente donde nos *despertamos* con la noticia de un estudio científico que certifica la anteriormente sugerida alta movilidad femenina frente a la masculina en el inicial proceso de neolitización. Como atractiva es, también, la relación de no pocos de los enterrados con útiles pensados para la siega: en estos dos enterramientos burgaleses, como en el soriano antes aludido, hay indicios de una ritualidad que se alarga en el tiempo (las fosas se reabren y manipulan tiempo después del depósito de los cuerpos), y lleva a pensar que las inhumaciones, al parecer seleccionadas, cumplen un papel más allá del meramente profiláctico.

Dos capítulos finales reúnen y consensan el conjunto de informaciones que cada disciplina ha ido desgranando, para componer un relato sobre la fundación, vida y abandono del poblado de El Prado dentro de su contexto geográfico, donde el conocimiento de sitios más o menos contemporáneos van en aumento. A nadie se le escapa las serias dificultades que conlleva esta labor de síntesis: pero es necesario abordarla. Significa dar respuesta, con valentía como aquí se hace, a los interrogantes que decíamos nos asaltan en el debate de la neolitización.

Pero, cómo compatibilizar: la certeza de que estamos en una ubicación estratégica, de verdadero paso entre la cuenca del Ebro y la del Duero, que engloba a una variedad de ámbitos paisajísticos (de fondo de valle, laderas y serranías), geológicos (donde sería necesario mapear las contribuciones isotópicas o las fuentes de materias primas), edafológicos (con tierras muy fértiles) e hidrológicos (el poblado se inserta en un interfluvio); la excavación arqueológica de abundantes estructuras negativas, unas de almacenamiento, otras reutilizadas como dispositivos funerarios, bastantes de usos no definidos, e incluso un par de ellas para la disposición de agua (¡sugerencia tan atractiva!); la idea de que quienes aquí se instalaron tenían un conocimiento previo del terreno (no descartándose *operaciones de muestreo* para calibrar bien las posibilidades del lugar) pero la falta de elementos que atestigüen un poblamiento anterior (a concretar mejor el caso de Rompizales); la convergencia de un haplotipo asociado a comunidades campesinas con otro rastreado en la región tiempo atrás; la movilidad, quizá no estacional, de las dos mujeres pero, al parecer, no exactamente sobre los mismos entornos regionales que son enterradas bajo similares ritos; el acceso a materias primas locales (ofitas y areniscas) y exógenas (sílex); la ausencia de evidencia clara de caza pero, contradictoriamente, el hallazgo solo de fauna salvaje; la pobreza en restos óseos y la muy evidente antropización de los paisajes, muy acorde con prácticas ganaderas intensivas; la sugerencia de consumo de leche (o derivados) y la intolerancia a la lactosa...

Este cóctel de certezas, sugerencias y ausencias es reconocido implícitamente por los autores, quienes, aunque enfatizan la vitalidad de este tipo de yacimientos al aire libre, sospechan que quizás sus registros arqueológicos no deben ser leídos exactamente como un todo: y ello a pesar de que en el tiempo transcurrido entre su fundación y su final (cuyos extremos no tienen por qué circunscribirse exactamente a los valores que marca la radiocronología de las inhumaciones, pudiendo ir más allá) continentes y contenidos ofrecen una idea de homogeneidad. Es una problemática que debe plantearse en conjuntos similares, de éstas y de posteriores cronologías. Quizá por ello debiera repensarse la adjetivación de algunos lugares que, por poco más que su amplia, pero difusa, extensión son entendidos como potentes núcleos de población –y de actividades- capaces de generar por sí mismos la neolitización de todo el territorio circundante, incluso cuando toda evidencia de un primitivo y medio Neolítico empieza y acaba en ellos. No es este el sentido que se da a El Prado, ofreciéndonos una alternativa, desde mi punto de vista, muy aprovechable.

En este estado de cosas, lo que se sugiere para El Prado es el funcionamiento de un sistema de granjas, de visitas reiterativas y no necesariamente estacionales, donde un grupo de estructura familiar desarrollaría un régimen agropastoril, sin perjuicio del disfrute de recursos salvajes, a partir de una organización simple de régimen matrilineal. Esta hipótesis (o sugerencia, ¡o como quiera

titularse!) es un verdadero aporte al debate actual de la neolitización ibérica: satisface más, para éste y quizás también para otros lugares, que posibilidades más manidas (como, por ejemplo, el modelo de *salto de la rana*), al presentarse como una posibilidad más natural (si este término pudiera aplicarse). Concilia bien con otros documentos aproximadamente contemporáneos conocidos en el corredor de La Bureba: Alto de Rodilla, Fuente Galindo y Los Rodillos. El modelo queda desdibujado durante el Neolítico medio (ante la falta de información arqueológica) y definitivamente ha variado en el Neolítico final (si nos fijamos en los casos de El Juncal y Onzáran).

La presente monografía ha demostrado que cuando se enfoca con tenacidad, tiempo y buen hacer (¡y algo de fortuna! claro está) un programa de investigación sobre el Neolítico en un territorio dado, los frutos acaban por llegar. Así en la Bureba los trabajos del equipo de Carmen Alonso y de Javier Jiménez, no solo nos van aliviando de uno de esos incomprensibles vacíos que tenemos en el conjunto de la Península, sino que reivindican la importancia de un territorio que, por sí mismo, y por servir de ineludible paso entre dos de las principales cuencas ibéricas, la del Ebro y la del Duero, ocupará una posición central en la historiografía y la reconstrucción del Neolítico antiguo. En cualquier caso esta monografía constituye por todas sus aportaciones un estímulo intelectual, lo que de por sí es muy meritorio.

Resumen

Vida y muerte en el asentamiento del Neolítico Antiguo de El Prado (Pancorbo, Burgos): Construyendo el Neolítico en la Península Ibérica

El asentamiento al aire libre de El Prado constituye uno de los pocos poblados del Neolítico Antiguo que ha sido excavado en su totalidad, cuyos registros permiten reconstruir un modelo socioeconómico de los primeros estadios en el interior peninsular. Su perfil se aleja de los tipos de asentamiento descritos para la región del Alto Ebro donde se inscribe, sirviendo de eslabón con la región de la Meseta norte, donde el registro es más exiguo. La ocupación neolítica más antigua, con 0,30 ha de extensión y 50 estructuras negativas, se organiza en dos unidades de habitación asincrónicas, con no menos de 235 años de distancia a partir de las dataciones ^{14}C , que sin embargo replican las mismas pautas estructurales y materiales. El escaso número de materiales arqueológicos avalaría esta propuesta de ocupación, de carácter temporal aunque no necesariamente estacional. La plena implantación agrícola de esta comunidad queda demostrada por la existencia de silos de almacenamiento, el registro palinológico y la reconstrucción de la dieta humana a partir de isótopos $\delta^{13}\text{C}$ y $\delta^{15}\text{N}$, así como por elementos líticos como piezas de hoz y molinos de mano, de marcado carácter cerealístico. En su conjunto refieren proximidad de los campos de cultivo al área de hábitat excavada, bajo un modelo de explotación intensivo propio de pequeñas comunidades familiares organizadas en granjas. El peso específico de la caza y la ganadería resulta más controvertido, pues existen indicadores contradictorios especialmente en el registro arqueozoológico donde las especies cinegéticas están mejor representadas. Sin embargo, la cabaña ganadera resulta incuestionable en el análisis palinológico, quizás bajo un aprovechamiento prioritario de trabajo y de productos secundarios más propio del modelo intensivo que se postula. De cualquier modo, la fracción cárnica debió tener un papel secundario frente a la vegetal. A partir del análisis espacial en la distribución y tamaño de otros yacimientos de Pancorbo y del corredor natural de La Bureba se comprueba este perfil, en sintonía con modelos mejor estudiados de los primeros asentamientos del oriente peninsular y de la fachada mediterránea occidental. En El Prado, las estructuras de silos y funerarias orbitan en torno a los espacios donde se supone que estuvieron las dos unidades domésticas de habitación, desaparecidas por el laboreo agrícola; el resto de estructuras –fosas sin revestimiento, horno polinesio y pozo/abrevaderos- con carácter general se localizan más alejadas de estos centros neurálgicos. El especial tratamiento funerario de las dos ancianas inhumadas (E-06 y E-14) y su posición central en las respectivas zonas nucleares, pueden atribuirse a su veneración como autoridades de cada comunidad en referencia a un sistema social de carácter matrilineal. En sintonía con este tratamiento parece encontrarse la anciana de La Lámpara del Valle de Ambrona (Soria), en oposición a enterramientos de varones coetáneos y próximos geográficamente como Alto de Rodilla, Fuente Celada o Molino de Arriba (Burgos). Además, la muerte por violencia del individuo E-14 ejemplifica las tensiones sociales de las primeras comunidades productoras que se arrastran desde el Mesolítico. La movilidad de ambos individuos a lo largo de su vida, constatada a partir del análisis de isótopos $^{87}\text{Sr}/^{86}\text{Sr}$, y la ausencia de parentesco directo, impiden determinar el régimen de exogamia de esta comunidad.

Si la neolitización efectiva de esta región se considera ca. 5500 cal BC, con ejemplos próximos como Mendandia (Sáseta, Burgos) o Los Cascajos-El Blanquillo (Quintanadueñas, Burgos), en El Prado no estamos frente a grupos humanos pioneros. La genética mitocondrial refiere linajes ausentes en los cazadores-recolectores mesolíticos y frecuentes en los primeros agricultores europeos (haplotipos H1 y K1a4a1), aunque también tienen marcadores fenotípicos ancestrales visibles en la pigmentación clara de la piel del individuo E-06. Es probable que la diversidad genética de ambos individuos tenga su origen en procesos locales, como parece lógico a partir del último tercio del VI milenio cal BC. Recientes estudios sugieren que la contribución genética de los cazadores-recolectores en el interior del Valle del Ebro es más acentuada frente a otras regiones peninsulares, rastro visible en la ‘herencia cultural’ del yacimiento donde el sustrato mesolítico es más elevado de lo esperado. Casi el 22% de la industria lítica de El Prado son útiles de sustrato de tradición mesolítica, valor por encima de la media en el Valle Medio del Ebro y la Meseta. También el ritual funerario, al incorporar remociones de cuerpos, su asociación al lugar de hábitat y la parquedad de las ofrendas funerarias, enraízan con esta tradición, como quizás también el relativo peso específico de la caza. Sin embargo, esta ‘réplica atenuada’ se integra en un conjunto plenamente neolítico visible a partir de la inhumación en fosa y el acompañamiento de artefactos simbólicos propios de la principal actividad –molinos de mano y piezas de hoz-, que se relacionan con el orden social propuesto.

A partir del registro arqueológico podemos establecer relaciones culturales con la franja meridional peninsular, posible origen de estos pobladores que seguramente utilizaron el Valle del Ebro como corredor en las distintas olas de expansión dentro del mosaico ibérico. Es el caso de las hoces tipo Karanovo, ausentes en los tipos septentrionales y

residuales en el arco mediterráneo, donde El Prado representa una excepción junto a Los Cascajos (Arcos, Navarra) quizás como herencia cultural del foco irradiador agrícola que se viene situando la península itálica. También la distribución de ‘hornos polinesios’ se circunscribe al Valle del Ebro y el suroriente francés, no siendo descartables conexiones transpirenaicas con el Alto Garona, como también sugiere la deriva genética de los pobladores de Els Trocs (Huesca), con quien las mujeres de Pancorbo comparten grandes afinidades. La movilidad durante la vida de ambos individuos está constatada, en alusión a la temporalidad de cada ocupación del yacimiento, si bien sus firmas isotópicas no permiten determinar una relación directa con la región meridional peninsular. La explosión de asentamientos neolíticos en esta región en el último tercio del VI milenio cal BC cabría enmarcarla tras el cambio ambiental conocido como ‘evento 8200 BP’ y el óptimo climático reconocido en la secuencia de cavidades de la Sierra de Atapuerca en la primera mitad del V milenio cal BC, aparentemente con un importante papel determinista de las condiciones medioambientales.

Abstract

Life and Death in the Early Neolithic Settlement of El Prado (Pancorbo, Burgos): Constructing the Neolithic in Iberia

The open air settlement El Prado is one of the few Early Neolithic sites that has been excavated in its totality. Its records allow a reconstruction of a socioeconomic model in the first stages of the Neolithic in inland Iberian Peninsula. Its profile distances itself from the types of settlement described in the region of the Upper Ebro Valley, in which it is inscribed, serving as a link with the region of the northern Meseta, where the record is more meagre. The oldest Neolithic occupation, with an area of 0.30 ha and 50 negative structures, is organized in two asynchronous habitation units, with no less than 235 years difference in their ^{14}C dates, which, however, replicate the same structural and material patterns. The low number of archaeological materials would support this proposal of occupation, of a temporary nature although not necessarily seasonal. The full agricultural implementation of this community is demonstrated by the existence of storage pits, the palynological record and reconstruction of the human diet from $\delta^{13}\text{C}$ and $\delta^{15}\text{N}$ isotopes, as well as lithic elements such as sickles and hand querns, with a marked arable character. Together, they refer to cultivated fields in the proximity of the excavated habitat area, under an intensive exploitation model of small family communities organized on farms. The specific weight of hunting and livestock activity is more controversial, as there are conflicting indicators, especially in the archaeozoological record in which game species are best represented. However, the existence of a cattle herd is unquestionable in the palynological analysis; perhaps its purpose was to provide both labour and secondary products according to the intensive model proposed. In any case, meat must have played a secondary role to vegetables in the diet. From the spatial analysis of the distribution and size of other archaeological sites in Pancorbo and the natural corridor of La Bureba, this profile is verified, in line with better-studied models of the first settlements in the east of the Iberian Peninsula and western Mediterranean façade. In El Prado, storage pits and funeral structures are arranged around spaces where the two domestic dwelling units are supposed to have been lost because of agricultural tilling; the rest of the structures - unlined pit, Polynesian furnace and waterhole / trough - are generally located further away from these main centres. The special mortuary treatment of the two inhumed women (E-06 and E-14) and their central position in the respective central zones can be attributed to their veneration as authorities of each community, in reference to a matrilineal social system. The burial of an old woman at La Lámpara (Ambrona Valley, Soria) seems to be in line with this treatment, in opposition to contemporaneous burials of males in the same geographic area, at Alto de Rodilla, Fuente Celada and Molino de Arriba (Burgos). Also, the death by violence of individual E-14 exemplifies social tensions in the first farming communities that continued from the Mesolithic. Mobility of both individuals throughout their life, verified from $^{87}\text{Sr} / ^{86}\text{Sr}$ isotope analysis, and the absence of direct kinship, prevent a determination of the exogamy regime of this community.

If effective neolithisation of this region is considered ca. 5500 cal BC, with close examples such as Mendandía (Sáseta, Burgos) and Los Cascajos-El Blanquillo (Quintanadueñas, Burgos), in El Prado we are not dealing with pioneer human groups. Mitochondrial genetics refer to lineages that are absent in Mesolithic hunter-gatherers but frequent in early European farmers (H1 and K1a4a1 haplotypes), although they also display ancestral phenotypic markers that are visible in the clear pigmentation of the skin of individual E-06. It is probable that the genetic diversity of the two individuals has its origin in local processes, as seems logical from the last third of the sixth millennium cal BC. Recent studies suggest that the genetic contribution of hunter-gatherers in the interior of the Ebro Valley is more pronounced compared with other Iberian regions, a visible trace in the ‘cultural heritage’ of the site where the Mesolithic substrate is more

important than expected. Almost 22 per cent of the lithic industry at El Prado is formed by substrate tools of Mesolithic tradition, a value above the average in the Middle Ebro Valley and Meseta. In addition, the mortuary ritual, including removal of bodies, their association with the place of habitat and simplicity of grave goods, is rooted in this tradition, as also perhaps the relative importance of hunting. However, this 'attenuated replica' is integrated into a fully Neolithic assemblage visible in the pit burial accompanied by symbolic artefacts characteristic of the main activity – hand querns and sickle parts - related to the proposed social order.

From the archaeological record, we can establish cultural relations with fringe of the southern Iberian Peninsula, the possible origin of these settlers, who probably used the Ebro Valley as a corridor in different waves of expansion within the Iberian mosaic. This is shown by the Karanovo-type lithic sickles, which are absent in northern regions and residual in the Mediterranean arc, where El Prado represents an exception together with Los Cascajos (Arcos, Navarre), perhaps as a 'cultural heritage' of the agricultural focus irradiating from the Italian Peninsula. Additionally, the distribution of 'Polynesian furnaces' is limited to the Ebro Valley and southeast of France. Trans-Pyrenean connections to Haute Garonne are also possible, as also suggested by genetic drift in the Els Trocs (Huesca) population, with whom individuals from Pancorbo share great affinities. Mobility during the life of both individuals is verified, in reference to the temporality of each occupation phase at the settlement, although their isotopic signatures do not allow a direct relation with southern Iberia to be determined. The growth of Neolithic settlements in this region in the last third of the sixth millennium cal BC could be framed after the environmental change known as the '8200 BP event' and the climatic optimum identified in the geological sequence in Atapuerca caves in the first half of the fifth millennium cal BC, apparently within an important deterministic role of environmental conditions.

Introducción

Carmen Alonso-Fernández

Cronos SC Arqueología y Patrimonio

Cuando en el verano de 2013 descubrimos los primeros y débiles indicios de lo que más tarde se convertiría en la estructura E-01, aún no sabíamos que el destino nos brindaba la oportunidad de emprender la excavación arqueológica de un poblado del Neolítico Antiguo; 4.605 m² que incluyen la superficie total de un ‘campo de hoyos’, un tipo de yacimiento que se encuentra entre los que mejor definen los lugares de hábitat de la Prehistoria Reciente europea y particularmente del interior de la Península Ibérica.

Los primeros resultados se fueron esbozando durante la primera campaña de excavación que concluyó con el avance de conclusiones que publicamos en la revista *Zephyrus* en 2014. En el mismo año le sucedió una nueva campaña, pero también el interés de un nutrido número de investigadores del Neolítico peninsular que desde diferentes disciplinas se unieron a un proyecto común que denominamos ‘El Prado’, topónimo que evoca el tapiz que en un tiempo no muy lejano cubría a este yacimiento situado a la entrada del desfiladero de Pancorbo, a orillas del río Oroncillo. Desde entonces y desde una perspectiva multidisciplinar hemos trabajado para desgranar las pautas de asentamiento, la cultura material y las formas de vida y muerte que definen la personalidad innata del poblado, pero que al mismo tiempo lo conectan con yacimientos al aire libre del Valle del Ebro y de la Meseta -con los que compare patrones comunes- y con otros de ámbitos más lejanos.

La arqueología tiene el poder de materializar el pasado, de dar respuesta a las preguntas que formulamos al paisaje, a los estratos y a los objetos que recuperamos con el fin de remontar y reconstruir hechos sepultados bajo tierra, hechos que en El Prado se remontan al VI y V milenio. Este libro compila las horas de trabajo de campo, laboratorio y gabinete aportadas por cada investigador para hacerlo realidad. En el capítulo uno, Javier Jiménez aborda los aspectos geográficos, geomorfológicos y ambientales que dotan al emplazamiento de unas características óptimas para el establecimiento de un asentamiento al aire libre al pie del desfiladero de Pancorbo, corredor natural abierto en el Sistema Ibérico que conecta el Valle del Ebro con la Meseta.

El registro estratigráfico y las evidencias estructurales documentadas en la excavación arqueológica son objeto del capítulo dos. Las estructuras son analizadas atendiendo a su tipología, funcionalidad, significado y condenación, sin olvidar los procesos postdeposicionales que explican que los vestigios conservados sean solo una

parte de los que en su momento debieron integrar el poblado.

El capítulo tres, de la mano de Javier Jiménez, aporta, a través del radiocarbono ¹⁴C y la termoluminiscencia, la valoración de la cronología absoluta del yacimiento y de los diferentes contextos arqueológicos de procedencia mediante el estudio comparativo con otros yacimientos. Concluye en el análisis de la cronología absoluta de El Prado en el marco del Neolítico Antiguo regional. El mismo autor se encarga, en el capítulo cuatro, de la organización espacial del yacimiento con el objeto de comprender qué motivó la selección del emplazamiento, la organización interna del poblado y el uso del espacio. También se aborda la fase de abandono, ya que el análisis de la formación del registro estratigráfico asociado aporta evidencias sobre la existencia de dos unidades de hábitat diferenciadas en el tiempo y el espacio.

El estudio del utillaje lítico procedente del yacimiento se aborda en los capítulos cinco y seis. En el primero se analiza la industria lítica extractiva y pulimentada atendiendo a las cadenas operativas, al tipo y origen de las materias primas, a la tecnología, tipometría y tipología. En el capítulo seis, Talía Lazúen y Jesús González se encargan del análisis funcional de la industria lítica extractiva. Como rasgo general, se observa una concentración en las tareas relacionadas con la adquisición y procesado de recursos vegetales no leñosos -como la recolección de cereales- y en el procesado carníceros y peleteros de animales, que llevan aparejada una cierta distribución espacial diferencial de estos trabajos en las áreas del poblado reconocidas en la excavación.

El capítulo siete está dedicado a la cerámica. Por su valor como marcador cultural, constituye uno de los elementos que proporcionan mayor precisión cronológica al yacimiento, al tiempo que conforma el tipo de cultura material mejor representado. De este modo se aborda el estudio técnico, formal y decorativo que con carácter general tiene características comunes con otros yacimientos del Neolítico Antiguo de su área geográfica próxima (Meseta Norte y Alto/Medio Valle del Ebro). El capítulo ocho también versa sobre cerámica, pero en este caso sobre los recipientes recuperados en la estructura E-34, la única de las documentadas que no pertenece al Neolítico Antiguo, sino al Neolítico Final. El contexto arqueológico, las características morfológicas y estratigráficas de la estructura, su carácter unitario y las

características de la cerámica parecen indicar que se trata de un depósito votivo.

El capítulo nueve se encarga de las prácticas funerarias registradas en el yacimiento, particularmente de las relacionadas con las dos inhumaciones femeninas documentadas en las fosas E-06 y E-14. Ambas forman parte del escaso registro funerario del Neolítico Antiguo documentado hasta la fecha en el interior peninsular. Se aborda el análisis del registro estratigráfico, el estudio antropológico y paleopatológico de los restos óseos y el complejo ritual funerario.

Teresa Fernández y Rick J. Schulting se encargan, en el capítulo diez, de la reconstrucción de la dieta de estas dos mujeres a través del análisis de isótopos estables de carbono y nitrógeno sobre colágeno óseo. Con carácter general, los resultados sugieren una dieta mixta de origen terrestre basada en un consumo notable de plantas tipo C3 –posiblemente trigo y cebada– y también, aunque en menor medida, de animales eminentemente domésticos, con valores por debajo de los rangos habituales de estas poblaciones de plena implantación agrícola.

De los mismos individuos se ha extraído ADN mitocondrial y se ha realizado el estudio de la composición isotópica del estroncio. El estudio paleogenético, abordado en el capítulo once, ha estado a cargo de Íñigo Olalde, David Reich y Carles Lalueza. Los resultados confirman las afinidades poblacionales de los dos individuos a nivel genómico global con los actuales sardos, como se observa en otros individuos del neolítico inicial europeo. Las muestras más próximas desde el punto de vista genómico son los individuos epicardiales del yacimiento de Els Trocs. A nivel fenotípico, está presente la variante ancestral en el gen de la lactasa y el alelo ancestral y el derivado en el gen de la pigmentación SLC45A2.

Luis Ángel Ortega, Iranzu Guede, María Cruz Zuluaga y Ainhoa Alonso se ocupan, en el capítulo doce, del análisis de la composición isotópica del estroncio aplicado al estudio de la movilidad y cambio de residencia de los dos

individuos analizados. La diferencia en la composición isotópica entre el esmalte y la dentina se ha interpretado en ambos casos como pautas de movilidad a lo largo de la vida, y sugieren patrones de cambio de residencia repetitivos posiblemente de mayor duración que a escala estacional.

En el capítulo trece, Sebastián Pérez y José Antonio López abordan el estudio del yacimiento desde una perspectiva paleoambiental a través del análisis palinológico. Los resultados señalan la presencia de masas forestales, pero principalmente de vegetación herbácea que determinan la existencia de importantes espacios abiertos. Los valores de polen demuestran el desarrollo de cultivos de cereales en el entorno, mientras que otras evidencias sugieren la presencia de ganado.

Javier Jiménez se encarga del estudio arqueozoológico de los restos óseos en el capítulo catorce. Entre los animales identificados dominan los silvestres, como el ciervo y el caballo, con una presencia minoritaria de cerdo. La baja densidad de restos faunísticos puede relacionarse como un perfil de ocupación eminentemente agrícola y su relación con la obtención de productos secundarios y tareas de trabajo. Por último, antes del capítulo de síntesis y conclusiones, el mismo autor analiza el contexto del Neolítico en la comarca de La Bureba. Para ello revisa los yacimientos, los patrones de asentamiento y los hallazgos más emblemáticos documentados en este ámbito geográfico, que abre grandes posibilidades para el estudio del Neolítico regional.

No quiero concluir sin manifestar la importancia de publicar nuevos datos sobre nuevos yacimientos. Necesitamos nueva luz sobre el escueto registro de yacimientos del Neolítico Antiguo del interior peninsular que sistemáticamente es objeto de análisis en artículos compilatorios, lo que no deja de evidenciar cierto inmovilismo y algo de autocomplacencia. Afiancemos o reformulemos lo hasta ahora conocido, siempre será un avance, pero también pidamos más. Esta obra colectiva pretende ser una aportación.